

«Era la primera autoridad de la villa un mortal de cuarenta y cinco á cincuenta años, alto como un ciprés, huesoso ó *nudoso* (que esta es la verdadera palabra), como un fresno, y fuerte como una encina; aunque, á decir verdad, su largo ejercicio de carbonero habíale requemado y ennegrecido de tal modo, que, de parecer una encina, parecía una encina hecha carbón. Sus uñas eran pederñal; sus dientes de caoba; sus manos de bronce pavonado por el sol; su cabello, por lo revuelto y empajado, cáñamo sin agramar, y por la calidad y el color, el cerro de un jabalí.... Su boca, en fin, era la de un alano viejo; su frente desaparecía debajo de las avanzadas del pelo; su cara relucía como el cordobán curtido, y su voz, ronca como un trabucazo, tenía ciertas notas ásperas y bruscas como el golpe del hacha sobre la leña....»

Aquellas manos de bronce pavonadas por el sol, empuñan la vara de alcalde de la villa de Lapeza, cuando el año 10 marcha sobre ella un destacamento de las

tropas francesas, dueñas ya de Guadix. — Manuel Atienza, el carbonero, es uno de esos monterillas que dejaron un rastro entre cómico y homérico en la historia de nuestra defensa contra la invasión. Rodeado de un brillante Estado Mayor compuesto del alguacil, del pregoneiro y del fiel de fechos; á la cabeza de doscientos gañanes; sobre una fortaleza de madera que defiende un cañón hecho del tronco de una encina ahuecado al fuego, Atienza espera á los franceses, y cuando asoman, los escarmienta tan duramente, que para volver á perseguirle y acorralarle en la montaña, envían casi un ejército. Atienza vende cara su vida. «Dispara, por fin, el último trabucazo, trazando en torno suyo un semicírculo con la tremenda arma, como si quisiese rociar de balas el monte; alcánzale en esto otro tiro en el vientre, lo que le arranca un rugido pavoroso; conoce que va á morir; arroja el trabuco, no sin mirarlo con enojo al considerarlo ya inofensivo; sácase del cinto el enorme bastón que conocemos..., y

rompiendo el bastón entre sus manos, lo arroja á la faz de los franceses, y él se precipita detrás, cayendo contra las peñas de un hondo barranco, donde sus huesos de bronce crujen al saltar hechos astillas.»

Compárense estas enérgicas pinceladas y esta varonil sencillez de la frase con el afeminado *papotage* de *Los Seis velos* ó con los delirios boreales de *Los ojos negros*. *El carbonero alcalde* (escrito en 1859), nos muestra á Alarcon completo, en su plenitud de artista. Ya no irá más lejos que en esta primorosa narración: ni el interés, ni el arte de contar, ni los recursos de la pluma, pueden ser mayores; y ni Merimée, autor de *La toma del reducto* y *Mateo Falcone*, ni Turguenef al concebir *El rey Lear de la estepa* ó *Las reliquias vivas*, ponen la ceniza en la frente á Alarcon modelando de alma y cuerpo entero á Manuel Atienza, el gran español desconocido.—Busco algún fragmento épico moderno que supere al *Carbonero alcalde*, y sólo podré

citar los *Cuadros del sitio de Sebastopol*, donde supo difundir tan misterioso horror bélico el genio de Tolstoy.

Muy inferiores al *Carbonero alcalde*, dentro de la misma nota patriótica, son *El afrancesado* y *El extranjero*. Además *El afrancesado* se funda en una patraña melodramática ya explotada por los escritores franceses. En cambio el *Angel de la Guarda* es una joyita, y el género de doloroso y horrible heroísmo de la madre de Miguel, bien puede emparejar con el heroísmo salvaje de Atienza. *El Angel de la Guarda* lleva la misma fecha que *El carbonero alcalde*: 1859, año de la Guerra de África. Las dos novelitas muy inferiores, *El afrancesado* y *El extranjero*, son cuatro ó cinco años anteriores.

Digna es también de Merimée *La buenaventura*, y hermosa y tierna la narración *El asistente*. El género híbrido á que pertenecen *Dos retratos* y *Las dos glorias* me agrada poquísimamente en general; no es novela, porque falta la observación directa y la impresión personal

del artista; no es tampoco historia, porque siempre hay que falsear los datos positivos y alterar poco ó mucho los caracteres de los héroes para prestarles el realce novelesco. San Francisco de Borja, según los historiadores más formales, nunca anduvo enamorado de la Emperatriz, á no ser que por enamoramiento se tome el respeto profundo y el gran cariño del caballero y del vasallo á su reina y señora; y Rubens no podía hablar.... como un periodista contemporáneo. Prefiero, dentro de esta clase de evocaciones históricas, la descarnada relación del auto de fe, que lleva por título *El rey se divierte*. Nuestra imaginación borda sobre la tela de la realidad, que el escritor nos presenta lisa y desnuda.

No quiero que se me pase inadvertida, entre las historietas nacionales, una que lleva por título *El Libro talonario*. Á mi modo de ver, en ella ha probado Alarcon, más que en otra alguna, su capacidad para erigir una torrecilla de filigrana en la punta de un alfiler. ¿Qué argumento es

del cuentecillo rural? Nonada pura.... Á un pobre hortelano de Rota le roban de su huerto la cosecha de calabazas; el buen hombre sospecha que el ladrón ha ido á venderlas á Cádiz, y sale tras él para recobrar sus amadas prendas; reconócelas al punto en un puesto de verduras del mercado; mas como no basta reconocerlas, sino que es preciso dar pruebas de su identidad, el tío *Buscabeatas* (que así se llama el roteño), saca su *Libro talonario*, que consiste en los tallos ó cabos á que estaban unidas las calabazas antes de que se las robasen; y como los pedúnculos se adaptan perfectamente á las concavidades ó cicatrices de las calabazas, el hortelano recobra el precio de su cosecha y tiene el gusto de enviar á la cárcel al ratero.—Es nadería, es bobería, ya lo sé; pero leedla, y veréis el gracejo, la soltura, la delicada sal que sazona esta insignificancia literaria. No cito, porque habría que citar todo el cuento, mutilar aquel juguetillo de diez páginas, evaporar su perfume, tan castizo y sandunguero.

¡Ay! Este suspiro me lo arranca el convencimiento de que, siendo Alarcon un *maestro* en novelas cortas, pero un maestro muy desigual, la mayoría del público está más familiarizado con sus bocetos de brocha gorda que con sus finos cuadritos de caballete, y que *El Libro talonario* apenas se cita y nombra, mientras los periódicos, al dedicar á Alarcon páginas necrológicas muy sentidas, se han hecho lenguas ensalzando cabalmente sus narraciones disparatadas.

¿Qué digo los periódicos? Con los periódicos solemos pecar de injustos, atribuyéndoles *lapsus* en que caen los escritores de más nota. En 1880 es cuando Revilla, ¡nada menos que Revilla! aconseja á Alarcon, que acababa de publicar *El Niño de la Bola*, que vuelva «¡á aquellas preciosas novelitas de otros tiempos, que se llaman *El final de Norma*, *Los Seis velos*, *El coro de Ángeles*, *El amigo de la muerte*, *El Sombrero de tres picos!*» Reconozcamos que á veces se justifica todo el enojo, toda la indignación

contra la crítica de palo de ciego. *El final de Norma* y *El Sombrero de tres picos* de bracero! ¡Alarcon retrocediendo en 1880 á la parodia de Karr, visto al través de Agustín Bonnat! ¡Y las mejores novelas breves del escritor moderno que tal vez se lleva la palma en ese género difícil y aquí poco cultivado, olvidadas, mientras se ensalzan las que una mano celosa de la gloria de Alarcon debería eliminar del catálogo de sus obras!

Ya he dicho que Alarcon, al juzgar sus libros, tiene en ocasiones rasgos de sinceridad y perspicacia que pudieran avergonzar á los que pretendemos erigirnos en sus jueces. Siempre que no se atraviesa la pícara ambición de moralista que comprometió á última hora, — sin arruinarlo; — su crédito de artista y escritor, Alarcon ve muy bien y habla mejor todavía. —Lo que dice de *El final de Norma* es tan exacto, que con extractarlo y aprobarlo nos basta.

Es *El final de Norma* la más antigua de las obras en prosa de Alarcon. Frisaba

el autor al escribirla en los diez y siete ó diez y ocho años, y sólo conocía del mundo y de los hombres lo que le habían enseñado mapas y libros. Su sangre hervía: soñaba con la dicha de viajar, de correr tierras, de ver nuevos países y nuevas gentes; hallábase en esa hora de la mocedad en que nos esconderíamos en el sollado de un buque para aparecer distantes de nuestro rincón natal y de la monotonía de lo conocido. No pudiendo realizar personalmente el sueño viatorio, hizo que sus héroes se trasladasen desde Sevilla nada menos que á Laponia.... Este género de excursiones tenía además pronunciado sabor romántico: los héroes de Pastor Díaz emigraban *De Villahermosa á la China*....

Trazó, pues, Alarcon las páginas de una novela «falta de realidad y de filosofía, de cuerpo y de alma, de verosimilitud y de trascendencia.... Obra de pura imaginación, inocente, pueril, fantástica, de obvia y vulgarísima moraleja».... Aquí corto la cita, porque ni es obvia la moraleja de *El final de Norma*, ni puede de-

cirse en rigor que tenga moraleja alguna, ni menos es adecuado, como el autor afirma, para entretenimiento de niños aquel mero despropósito. Los niños necesitan nociones rectas y exactas, ofrecidas en forma digestible y amena: y en *El final de Norma* sólo encontrarían pesadillas, y no grandiosas, como las de Víctor Hugo, sino embrolladas y vacías.—Venga la persona de cabeza más firme, y dígame en qué estado le quedan los sesos después de leer el siguiente fragmento del monólogo de Serafin, el violinista, á bordo del buque pirata que lo conduce al Polo: «Yo voy al Polo.... ¡Pobres veinte mil reales! ¡Pobre de mí! ¡Me helaré sin remedio humano! ¡Pero en cambio, voy con la *jarlesa*! ¿Qué querrá decir *jarlesa*?» (El lector tampoco lo sabe, á menos que posea cierta erudición filológica y recuerde que *earl* en inglés y *graf* en alemán equivale á *conde*, y por el hilo saque el ovillo de que *jarl*, en sueco ó noruego, será *conde* también. Prosigue el monólogo.) «Rurico de Cáliz es el joven del

albornóz blanco; el que está desafiado con Alberto.... Mas ¿cómo expendería Rurico un billete á mi favor para que viajase en este barco, si dice que conocía mi nombre, y debía de conocer también mi amor á la *Hija del Cielo*?.... ¡La *Hija del Cielo* va á bordo conmigo! ¡Oh ventura!.... El enano viejo y calvo del palco de Sevilla va con nosotros, y es Conde, y se llama Gustavo.... Pero ¿qué relación tiene con ella? ¿Es su padre? ¿Su tío? ¿Su ayo? ¿Su preceptor? El tiempo dirá.... ¿Quién es él? Lo ignoro. ¿Quién es ella? No lo sé. Él la ama.... ¡Malo! Ella lo aborrece.... ¡Magnífico! Pues que ella toca el final de *Norma* en sus barbas, él no es su marido.... ¡Sobervio! Y no es su amado, puesto que su amado soy yo.... ¡Sublime! Y no es su amante.... ¡Oh!.... ¡Ella es pura como el sol! Y no es su hermano.... ¡Imposible! ¿Cuándo fueron hermanos la serpiente y el ruiñón?... Ni su criado.... ¡Ca! Ni su señor.... ¡Eso menos que nada!

Al llegar aquí, el mismo héroe de la novela exclama cándidamente: «¡Ah! ¡Me

vuelvo loco! ¡La reflexión embriaga tanto como el vino!» Palabras que podrían ser un eco del pensamiento del lector, si éste no se volviese más bien tonto que loco al repasar tal parlamento....

No valdría la pena de ensañarse con esta novela de Leganés, á no saber á ciencia cierta que es gran verdad lo que dice Alarcon respecto á su aceptación y al favor que goza con el público, «nunca harto de leer, ó sea de comprar, la quimérica y arbitraria historia del violinista Serafin y de la jarlesa Brunilda.» ¡Ay del público que tales cosas lee, compra y archiva, mientras no siente quizá la poesía dramática de *El carbonero alcalde*! Pero volvamos á la eterna pregunta de Larra: ¿quién es el público y dónde se le encuentra? Ese público que agota copiosas ediciones de tal despropósito; esos extranjeros que lo traducen en varias lenguas, ¿son tal vez, ¡singular problema!, la misma gente que prodiga iguales muestras de aprecio al *Sombrero de tres picos*? ¡Puede que sí! ¿No hemos visto á

Revilla identificar las dos novelas, sin un distinguo, sin una advertencia que manifeste que conoce lo que va de una á otra?

Luchando con su conciencia de escritor, y dejándose llevar del peregrino empeño que le indujo á tantos errores, Alarcon atribuye el éxito del *Final de Norma* á que «á juicio de honradísimos padres de familias» la tal novela «puede muy bien servir de recreo y pasatiempo á la juventud, sin peligro alguno para la fe ó para la inocencia de los afortunados que poseen estos riquísimos tesoros», ya que «en *El final de Norma* ¡no se dan á nadie malas noticias, ni se levantan falsos testimonios al alma humana!» ¡Sea todo por Dios!, decimos los que leemos este párrafo y otros muchos, donde Alarcon embraza la adarga, afianza el lanzón, pica á Rocinante y sale á combatir con los molinos de viento.—¡Curioso efecto produce el ver á Alarcon, que según nos dice el Sr. Catalina, formó su entendimiento leyendo á escondidas y libremente cuanto impreso le cayó en las ma-

nos, entendiendo la Moral y la Pedagogía con ese sentido prohibitivo, inquisitorial, de palmeta é índice, aplicando rigurosa previa censura á todo libro y periódico que se acercaba á su casa, y presentando como el ideal del «honradísimo padre de familias» al que nutre á sus hijos, en la edad de adquisición de las ideas y de asimilación de las nociones intelectuales, con obras insensatas, donde se pintan un mundo y una humanidad quimérica, y que ni aun tienen la ventaja—como las de Julio Verne—de infundir afición al estudio de ciertas asignaturas, y de inculcar, á vueltas de mil enredos, dos ó tres nociones científicas que nunca olvidarán los muchachos!

¡Rompamos de una vez, en literatura como en todo, el nefando contubernio de la Moral con la Mentira: rompámoslo, sí! Aceptemos para la lectura é instrucción de la juventud aquel hermoso programa de Montaigne. «Il doit aussi (el maestro al discípulo) former et mouler son esprit au modele et patron général du

monde et de la nature, le rendre universel... Les plus belles âmes et les plus nobles sont les plus universelles et les plus libres....» Aceptemos la enseñanza de Charron: «Les livres et les propos (que lea y oiga el joven) ne doivent point estre de choses petites, sottes, frivoles; mais grandes, sérieuses, nobles et généreuses, qui reiglent les sens, les opinions, les mœurs, comme ceux qui font cognoistre la condition humaine, les branles et ressorts de nos âmes, affin de se cognoistre et les autres....»

Bravo mérito el del *El final de Norma* en no darnos *malas noticias!* Ni buenas, ni ningunas, porque donde no hay nada, y menos raciocinio, no puede haber tampoco errores filosóficos de esos que Alarcon creía confutar por medio de la sinrazón y el absurdo.—Nuevas ocasiones se nos presentarán de reprobar en Alarcon tan peregrino yerro; pero ahora, dejando á un lado la que ni aun deberíamos llamar novela, saludemos al rey de los cuentos españoles: *El Sombrero de tres picos*.

Cuento hay que llamarle, no tanto por sus dimensiones cuanto por su índole y procedencia. El mérito mayor de Alarcon fué, sin duda alguna, haber conservado á su obra maestra el carácter popular y sencillo del genuino *cuento*.... En eso consistió la suprema habilidad. Alarcon, cuando por instinto ó impulso genial acertaba, no acertaba á medias.

Reside precisamente el encanto de *El Sombrero de tres picos* en que aparece, como escribía Luis Alfonso, «obrilla que ni fué concebida merced á largas vigiliass y prolongados estudios, ni encierra asunto de gravedad, ni acrecienta con nuevos dones los tesoros de la moral, de la ciencia ó de la historia»....; «libro en su esencia baladí, y que ni se cierce por las regiones etéreas ni se hunde en inescrutables abismos....» Sí; por eso, justamente por eso; porque no podían allí perjudicar al artista las deficiencias del pensador, las pretensiones del pseudo-moralista, la escasa profundidad y extensión del talento, ó, mejor dicho, del ingenio artístico. Lo que



puede hacer meditar á quien lea el sazonado, el primoroso cuento, es *algo* que se siente, pero no se expresa con fórmulas exactas: la admirable reproducción de la fisonomía nacional...

¿Habéis tenido la suerte, lectores míos, de contemplar el retrato de Juan Martín el Empecinado, debido al pincel de Goya? Si pudisteis admirar aquel pedazo de lienzo de un metro escaso, y si al admirarlo lo comprendisteis, en aquel rostro de atezada color, en aquellos ojos de ascua, en aquella cabeza neta, españolísima, visteis acaso cifrada por el arte toda la filosofía histórica de la guerra de la Independencia. Pues bien: en el cuadro de Alarcon, sucinto, intenso, coloreado cual si del pincel de Goya procediese, podéis hallar en resumen, en abreviatura, la sociedad donde iba á brotar la epopeya contra el capitán del siglo. Aquel es el mundo posterior al año 4 y anterior al 8: la España de casacón, fuente de inspiraciones para los pintores contemporáneos, pero nunca mejor vista ni mani-

festada que en el molino del tío Lucas.

El relato es tan pintoresco y tan goyesco, que con mucha razón decía el discreto crítico antes citado, que, allí, se muestra el autor como pintor soberano en primer término. No otra cosa se requería ser, pero había que serlo en tanto grado, que no cupiese más. Y podrá ser igualado *El Sombrero de tres picos*; mas no nacerá quien lo supere, porque, en su género, es obra total, redonda, perfecta.

Fúndase la narración en una historieta vulgar, que Alarcon escuchó por vez primera de boca de un zafio pastor de cabras. •Era el tal uno de aquellos rústicos sin ningunas letras, pero naturalmente ladinos y bufones, que tanto papel hacen en nuestra literatura nacional con el dictado de *picaros*. Siempre que en la Cortijada había fiesta, con motivo de una boda, de un bautizo ó de una visita de los amos, tocábale á él poner los juegos de chasco y pantomima, hacer las payasadas y recitar los romances y relaciones; — y precisamente en una ocasión de estas... fué

cuando deslumbró y embelesó una noche nuestra inocencia (relativa) con el cuento en verso de *El Corregidor y la Molinera*, ó sea de *El Molinero y la Corregidora*, que hoy ofrecemos nosotros al público bajo el nombre más trascendental y filosófico (pues así lo requiere la gravedad de estos tiempos) de *El Sombrero de tres picos*.»

De estos cuentecillos populares, maliciosos y zumbones, ó trágicos y hondos, todos hemos oído en nuestra niñez; pero, ¡cuán pocas veces, de la arcilla informe, surge la estatua airosa, el busto enérgico, con los creadores dedos del escultor marcados aún en la muelle pasta! ¡Cuán pocos romances llegan á la sublimidad de *El conde Alarcos*! ¡De cuán pocas anécdotas reideras y un tanto verdes sale un *Sombrero de tres picos*!

El fondo del cuento del *Corregidor y la Molinera*, no es sino una de las muchas protestas democráticas de la raza ibera contra la idea de desigualdad social — que aquí no pudo ni podrá arraigarse nunca. — Existía á principios del siglo, y en

las inmediaciones de una ciudad de provincia, cierto molino harinero muy visitado por personas de suposición, á quienes atrae la belleza y gracia de la Molinera, y que con intención no del todo sana revolotean en torno de la buena moza. El Corregidor, vejete más amigo de las faldas que cuidadoso del decoro á que la autoridad obliga, no sólo ronda á la Molinera, sino que se propone reducirla á que condescienda con su mal deseo, para lo cual urde cierta maraña que le pone á dos dedos de lograr sus fines. Pero el ladino Molinero, que no se duerme, sigue paso á paso la criminal tentativa del viejo libertino, le atisba en ocasión de pretender consumarla, le sustrae las ropas, se las viste, y en desquite y pena del talión... penetra disfrazado en casa de su ofensor, y pasa la noche al lado de la Corregidora. Tal es la versión popular, que con pelos y señales puede leerse en el *Romancero general* de D. Agustín Durán, romance titulado *El Molinero de Arcos*. Es el tal romance una pura *gauloiserie*,

digna de la pluma de Brantôme, y su desvergonzado desenlace debió de provocar gran risa y júbilo en gañanes, arrieros y mozas, gente partidaria, sin duda alguna, del ojo por ojo y diente por diente conyugal. En *El Molinero de Arcos* no es el Corregidor, sino el señor Depositario del pósito, quien atenta á la honra del Molinero y sufre la pena del talión; y el romance termina, á modo de opereta bufa, con un almuerzo

» de cosa frita en cazuela » ;

sucediendo que las dos parejas, Molinero y Molinera, Depositario y Depositaria,

« se sentaron á almorzar  
 todos de risa y de fiesta ;  
 pero la depositaria  
 muy astuta y lisonjera ,  
 tomó un vaso y echó un brindis  
 y dijo por la primera :  
 — ¡ Á la salud de los novios ! —  
 Dióselo á la molinera ,  
 y dijo por la segunda :  
 — ¡ Brindo, por ser más pequeña ,

á la salud del dormido  
 y toda la noche en vela ! —  
 Dióselo al depositario,  
 y dijo por la tercera :  
 — Á la salud del que tuvo  
 tras de cuernos penitencia.... »

No puedo continuar la cita, cada vez más escabrosa y recargada de color. No cabe duda que el pueblo había de regocijarse muchísimo con el duro castigo del libertino señor que se entretenía, como por vía de chanza, en deshorrar á un pobre ; pero reconozcamos que Alarcon anduvo acertado en admitir otra versión, de la cual sale mejor librado el decoro, y el peligro de la honestidad no pasa de los límites de gracioso y cómico amago.

En el *El Sombrero de tres picos*, Don Eugenio de Zúñiga, el Corregidor, bien desearía expugnar de verdad el alcázar de la virtud de la señá Frasquita, la Molinera, y hay un momento en que el tío Lucas, ó sea el Molinero, llega á temer que efectivamente ha sido expugnado el susodicho alcázar, y ardiendo en indig-

nación, busca desquite entrando á traición en otro alcázar, el del recato y dignidad de la señora Corregidora; pero ni el apolillado galán ni el celoso marido, logran su intento; demuéstrase plenamente la inocencia, la virtud, la integérrima bondad de ambas matronas, y todo queda en su lugar, y el lector entretenido, contento, risueño y no mortificado en cierto instinto de pudor, que si le permite interesarse por el *juego*, le lleva á repugnar la crudeza brutal del *hecho*.

Mas sobre este caso de opereta ó zarzuela (he leído hace poco que se iban á escribir dos nada menos tomando argumento de *El Sombrero de tres picos*) derramó Alarcon tal riqueza de color, tal plenitud de vida, que, lo repito, hay que calificarlo de obra maestra. El molino, la parra, la señá Frasquita y Doña Mercedes, aquel par de arrogantes hembras tan guapetonas en lo físico, y en lo moral tan nobles y santas; el tío Lucas, el Corregidor, el Alguacil.... ¡hasta las borricas!, todo es de la misma castiza y jugosa

cepa; todo es añejo y fresco á la vez, como vino embotellado junto con dorada uva.... Aunque Alarcon sólo hubiese escrito tan maravilloso cuento, por él viviría en la historia de nuestras letras, sin necesidad de las ruidosas novelas largas, que no tardaremos en estudiar despacio, y que palidecen al lado de ese boceto inmortal.

